

Ficción que infecta. Niñez zombi en la narrativa de Juan José Millás

Sofía Dolzani¹

Universidad Nacional del Litoral
sofi.dolzani@hotmail.com

Resumen: El siguiente trabajo expone los resultados de una Cientibeca otorgada por la Universidad Nacional del Litoral, en la cual se indagó el modo en que la narrativa de Millás problematiza los cuerpos a partir de la configuración de una *niñez zombi*. Nuestra hipótesis sostiene que la inscripción de la niñez entendida en clave zombi opera como un lugar de resistencia biopolítica en tanto genera nuevos marcos de legibilidad que revierten las lógicas del desamparo denunciada por los cuerpos monstruosos y posibilita la construcción de comunidades afectivas que hacen de la vida de estos niños raros, vidas legítimas de ser vividas, *vidas vivibles*. Así, se busca presentar las particularidades con las que la niñez zombi genera sus propios mecanismos de resistencia biopolítica a partir de la infección de los cuerpos y mostrar, de esta forma, su *modus operandi* en las novelas de Juan José Millás que integran nuestro *corpus*.

Palabras clave: Zombi – Niños – Millás – Enfermedad – Biopolítica

Abstract: This study presents the results of a research about Juan José Millás' literature in which we propose a biopolitical reading of his narrative. The aim of this work is analyze how bodies appear in four novels and read the bodies as a zombie children figuration. The figure of the zombie child operates as a place of political resistance and generates new intelligibility frameworks. This place of resistance enables to the body generates a distance of the capitalist productive logic. Our hypothesis holds that the inscription of childhood understood in zombie key operates as a place of biopolitical resistance as it generates new frames of legibility that reverse the logic of helplessness denounced by the monstrous bodies and makes possible the construction of affective communities that make the lives of these rare children legitimate lives to be lived.

Keywords: Zombie – Children – Millás – Illness – Biopolitics

¹ **Sofía Dolzani** es Profesora en Letras por la Universidad Nacional del Litoral. Este trabajo es un resultado de avance de una Beca de Iniciación a la Investigación para Estudiantes de Grado (Cientibeca) otorgada por la casa de estudios durante el período 2017-2018, dirigida por la Dra. Daniela Fumis (IHuCSO-CONICET) y co-dirigida por el Dr. Germán Prósperi (UNL-UNR). Dicha investigación se enmarca en el proyecto CAI+D (2017-2019) "Figuraciones de infancia en la literatura española contemporánea: laboratorios de escritura, emergencia de lo *queer*".

El presente trabajo busca dar cuenta de los resultados de avance de un proyecto de investigación enmarcado en una Cientibeca, en la cual se abordó el problema de los cuerpos infantiles en la narrativa de Juan José Millás, circunscripta a un *corpus* conformado por cuatro novelas: *No mires debajo de la cama*, *Dos mujeres en Praga*, *Laura y Julio* y *El mundo*. En este *corpus*, la inscripción particular de la niñez demanda un tipo de lectura que deje entrever cómo esta emerge en términos de potencia productiva al presentarse en clave *monstruosa*; más precisamente, en tanto *niñez zombi*. La hipótesis que conduce nuestro trabajo sostiene que la inscripción de una niñez zombi en la narrativa de Millás opera como lugar de resistencia biopolítica, en la medida que genera otros marcos de legibilidad que revierten las lógicas de desamparo denunciada por los cuerpos monstruosos y posibilita la configuración de comunidades afectivas que hacen de la vida de estos niños raras vidas legítimas de ser vividas, *vidas vivibles*. En este sentido, la niñez se presenta como una zona de análisis central, a pesar de haber sido un espacio poco profundizado por una crítica que ha focalizado, principalmente, en los aspectos metafictivos y psicoanalíticos que atraviesan la obra de este autor. Tal como señala Germán Prósperi

El estudio de la inscripción de la niñez en la obra de Millás ha sido poco desarrollado a pesar de ser un espacio que reclama una atención particular desde el inicio de la serie con la presencia de Jacinto, el hermano del narrador muerto en el armario de *Cerberos son las sombras*, sistema que incluye a Bárbara, la niña *vouyeur* hija de Julia y Luis en *Visión del ahogado* o Irene, la no parlante sucesora de Julia y Carlos en *El desorden de tu nombre* (*Final feliz* 522).

Un antecedente clave que salda en cierta medida el vacío crítico señalado por Prósperi es el reciente estudio de Daniela Fumis, donde se estudia cómo las ficciones de infancia y familia provocan una ruptura en los programas narrativos de Eduardo Mendicutti, Manuel Rivas y Juan José Millás (8). Al abordar las obras de estos tres autores contemporáneos, Fumis traza una distinción que diferencia la presencia de niños en el relato y la infancia como

operatoria (104). Esta diferencia, que en principio permite distinguir la inscripción de la niñez –como la presencia en el enunciado de personajes representados como niños– de *lo infantil* –como la emergencia de una lengua menor que posibilita una teorización sobre la literatura–, resulta esclarecedora en la medida en que nos habilita a pensar ambos procesos, no de forma excluyente, sino como problema que en la narrativa de Millás se produce, muchas veces, en simultáneo. De forma tal que problematizar la inscripción de la niñez no supone, para nosotros, desatender los modos en los que *lo infantil* ingresa como fisura en términos de lengua. Es decir, cómo lo infantil se presenta como un umbral de resignificación de un saber sobre los cuerpos y habilita una instancia de decir que hace posible la construcción de otros marcos de legibilidad biopolítica.

Niñez zombi

La pregunta por la inscripción de la niñez en términos biopolíticos supone interrogarse por el lugar que ocupan los cuerpos entendidos como niños en un entramado donde el poder actúa definiendo jerárquicamente las vidas sobre la base de un parámetro de rendimiento y productividad. Supone pensar la niñez como un terreno de proyección y futurización capaz de sostener y aumentar las relaciones de producción, siendo entonces un espacio por excelencia para la gestión, valorización y selección del cuidado de los cuerpos. Supone, además, instalar la pregunta por los modos en que el biopoder agrupa y dirime los cuerpos niños en función de una escala de valor que permite distinguir entre las vidas a proteger y las vidas abandonar. Dicho de otra forma, pensar la cuestión de la niñez desde la biopolítica exige reflexionar y problematizar los modos en que se *hacen vivir* los cuerpos niños; es decir, “cómo se aumentan, se protegen y se definen, a escala individual y comunitaria, las posibilidades de vida” (Giorgi *Formas comunes* 19) y qué se juega en esa definición y selección de la protección de ciertos cuerpos.

Siguiendo a Michel Foucault, con la configuración de los Estados modernos el poder pasó a ejercerse positivamente sobre la vida buscando administrarla “aumentarla, multiplicarla, ejercer sobre ella controles precisos y regulaciones generales” (*Historia de la sexualidad* 129). Fueron claves, en este sentido, las técnicas de normalización materializadas en diferentes dispositivos que, lejos de excluir y rechazar, apostaron a un ejercicio positivo del poder acentuando el control, la regulación, la corrección y el disciplinamiento de los cuerpos (*Los anormales* 57).

Ese biopoder fue, a no dudarlo, un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo; este no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de la población a los procesos económicos. Pero exigió más; necesitó el crecimiento de unos y otros, su reforzamiento al mismo tiempo que su utilizabilidad y docilidad; requirió métodos de poder capaces de aumentar las fuerzas, las aptitudes y la vida en general (*Historia de la sexualidad* 133).

Entendiendo esto, la niñez se constituye como un espacio de operación de determinados dispositivos institucionales –la familia, la escuela, el Estado– cuya finalidad es asegurar el control de la redituabilidad de los cuerpos, dictaminando cuáles son las vidas futurizables que se deben cuidar y proteger, y cuáles, por el contrario, son desprovistas de valor y, por lo tanto, pueden descuidarse y abandonarse.

En este mapa donde se clasifican y ordenan jerárquicamente las vidas, los cuerpos monstruosos, que no constituyen una alteridad radical respecto de lo humano sino, más bien, un accidente al interior de la norma, instalan desde su propia materialidad un lugar de denuncia frente a los mecanismos de poder normalizadores. Tensionan, de tal manera, un saber biológico-jurídico (Foucault *Los anormales* 61) al exigir no sólo nuevos marcos de inteligibilidad sino, también, al señalar otros límites de variación y corporización. Punto que genera un lugar de resistencia, en tanto el monstruo humano deviene un

cuerpo inasible por parte de los aparatos disciplinarios que insisten en intervenir mediante tecnologías de corrección y transformación. Como afirma Andrea Torrano “el monstruo es esa vida inapropiada e inapropiable que se opone al poder –a la determinación de la vida–, es la posibilidad de metamorfosis, la potencia de la vida en toda su virtualidad” (*Por una comunidad 2*).

Ahora bien, teniendo en cuenta este marco conceptual en torno a los cuerpos monstruosos, nos interesa pensar cómo en Millás el problema de los cuerpos habilita una lectura de los mismos en tanto niños zombis. Sin embargo, cabe aclarar que no se entiende la figura del zombi ligado a la construcción que la cultura haitiana ha hecho de este monstruo, es decir, como un cadáver viviente y sin alma que regresa a la vida en manos de un vudú (Sanchez Trigos 13). Tampoco se lo interpreta siguiendo el arquetipo que instala el cine de Georges Romeno con *La noche de los muertos vivientes* al presentarlo como aquel muerto-vivo que recorre las grandes ciudades en un estado de desconocimiento de sí mismo, conducido por la lógica de consumo que impone el modelo socio-económico de las sociedades posmodernas (Fernández Gonzalo 28). Antes que eso, dejando a un lado su historia de origen en tanto cadáver viviente, el zombi es definido como una de las figuras que permite nombrar aquellos cuerpos biológicamente infectados que la ciudad aísla por no responder al régimen de productividad demandado por el modelo capitalista. Cuerpos enfermos que parecieran pivotar entre las lógicas del desamparo y el abandono y las posibilidades de protección y de cuidado. Siguiendo a Cortés Rocca

se trata de un verdadero monstruo biopolítico en diálogo directo con las categorías vinculadas a la vida, un monstruo que ya no surge como aberración o como pura alteridad sino como resultado de un diálogo entre lo sano y lo enfermo, entre los “tumores sociales” y los elementos saludables de una nación (337).

Estos cuerpos zombis poseen en la narrativa de Millás una singularidad: si en tanto monstruos desafían los límites de variación y corporización, en tanto

niños ofrecerán la posibilidad de construir un espacio de enunciación cuya producción discursiva configuraría otros marcos de legibilidad. Este discurso que acataría las formas del discurso literario, es decir de la ficción, parecería ser condicionante del cuerpo enfermo. Así, la enfermedad del niño zombi posibilitaría la construcción de un espacio de resistencia biopolítica que desafía la matriz de productividad con la que se jerarquizan los cuerpos y se definen los parámetros del *hacer vivir*.

Ficción que infecta

Los modos en que la niñez ingresa como espacio de resistencia están vinculados en la narrativa de Millás con la posibilidad de desplegar las herramientas específicas de la creación literaria; es decir, con la posibilidad de construir una posición enunciativa infantil que se vale de los mecanismos propios de la ficción –la invención, la mentira, la imitación, la lectura, al decir de Premat (77)– para dar lugar a un discurso otro que permite resignificar los marcos de legibilidad que definen los cuerpos. En este sentido, lo infantil no es entendido en los términos agambenianos de *in-fans* (Agamben 63), es decir, sin lengua. Ni tampoco como aquello que “tiene voz pero no articula” siguiendo a Lyotard (Fumis “Aproximaciones” 189). Antes que eso, lo infantil ingresa como posición enunciativa productora de ficción cuyo efecto produce un devenir niño del cuerpo adulto. Así, en *No mires debajo de la cama*, *Dos mujeres en Praga* y *Laura y Julio* los personajes adultos devienen niños en la búsqueda por nombrar aquellos cambios que atraviesan sus cuerpos. Específicamente, aquellos desajustes corporales que, producto de la enfermedad, han corrompido la unicidad del cuerpo para volverlo un tejido fragmentario que migra y expande su territorialidad parasitando, en tanto zombi, otros cuerpos. Es que como explica Fernández Gonzalo recuperando a Jean-Luc Nancy, la figura del zombi antes de presentarse desde un lugar unívoco, “se afana en captar nuevos flujos, en aumentar

territorialidades, en ofrecer, por su literal desmembramiento, nuevos cuerpos, nuevas máquinas que a su vez pretenden conquistar, expandir la plaga, morder, tocar, aferrar” (88). El tópico del cuerpo como terreno de expansión y alojamiento de otras posibilidades de vida resulta recurrente en las novelas de Millás, y se presenta como una de las líneas que habilita leer los cuerpos en clave zombi. En su artículo “Sintomatología literaria. El carácter biológico de la narrativa de Millás” Verónica Azcue sostiene que “entre las relaciones patológicas el delirio de la ocupación del cuerpo propio por otro es un asunto que se repite” (120). Así, en *No mires debajo de la cama* el cuerpo de la jueza Elena Rincón, una de las protagonistas de la novela, pasará a alojar múltiples compuestos de materia foránea. Así, también el cuerpo de Julio, en *Laura y Julio*, pasará a ser habitado por restos de otro personaje que transita la novela en estado vegetativo en la sala de terapias de un hospital. Lo singular, sin embargo, no es tanto el modo en que los cuerpos se fragmentan y desplazan para co-habitarse unos en otros, sino cómo esto hace ingresar la infancia como posibilidad de explicación. Cuando Julio es parasitado por el cuerpo de Manuel (el escritor sin obra que se encuentra hospitalizado), recupera una experiencia infantil para comprender aquello que pasa con su cuerpo. No obstante esto, resulta insuficiente, puesto que Julio sólo podrá resignificar lo acontecido una vez que posea las herramientas para narrarlo. Y este saber, que involucra la apropiación de una lengua y sus posibilidades de decir, proviene de la niñez:

–Si quieres que me duerma, me tendrás que contar un cuento – dijo la niña.

–Yo no sé contar cuentos –dijo Julio.

–Entonces no me dormiré.

El adulto y la niña permanecieron en silencio unos instantes, cada uno a la espera de que el otro resolviera la situación. Finalmente, cedió la niña.

–Tu di érase una vez y verás cómo sale solo.

–Érase una vez –dijo Julio y se calló.

–Érase una vez un país –añadió la niña.

–Érase una vez un país... (Millás 71).

Luego de esta escena, Julio transitará el resto de la novela entre la fiebre y la escritura. El acercamiento a la niñez ofrece a Julio las herramientas de narración que de allí en más convivirán con la infección de su cuerpo, funcionando como motor de una escritura que posibilita poner en palabras las alteraciones sufridas no sólo en su materia orgánica, sino también en los vínculos que sostenían su vida.

Algo similar sucede en *Dos mujeres en Praga*; novela que narra cómo una mujer enferma llamada Luz Acaso asiste a unos talleres literarios para que el coordinador Álvaro Abril escriba la biografía de su vida. El problema reside en que la enfermedad de esta mujer pareciera infectar y expandir no sólo la materia orgánica de su cuerpo, sino también su capacidad narrativa. Si por un lado, su cuerpo desmesurado despidió progresivamente desde clavículas y huesos sobresalientes hasta el olor de la podredumbre, por otro lado, también su lengua se muestra excesiva al momento de narrar los avatares de su vida. Avatares que se reinventan una y otra vez y que ponen en tela de juicio qué es lo que realmente se ha vivido. Información a la que nunca se accede ya que es el discurso de la ficción el que ingresa para nobrar y resignificar esta vida decadente. Es el discurso de ficción que invade el cuerpo de Luz Acaso el que permite decir desde otro lugar su cuerpo enfermo y ubicarlo en una red de cuidados y afectos. Es el discurso de la ficción que la enfermedad conlleva a desplegar el que, al mismo tiempo, posibilita a Luz Acaso tramar un tejido familiar donde alojar su cuerpo y resistir las lógicas de abandono a las que son sometidos los cuerpos monstruosos. Es allí donde radica su principal potencia.

Modos de resistencia

Dos son las operaciones principales que permitirían leer los cuerpos de los niños zombis como un lugar de resistencia biopolítica. La primera de ellas involucra el modo en que los cuerpos son trabajados en Millás desde un

desajuste. Desde un fraccionamiento corporal que habilita la expansión de la materia orgánica corrompiendo una noción unitaria del cuerpo; lo que problematiza un saber biológico y médico. La segunda operación tiene que ver con los modos en que la niñez zombi se inscribe como espacio generador de otros marcos de lectura para esos cuerpos que han desafiado tal saber institucionalizado. Punto que es posible en la medida en que la niñez se define como terreno de productividad ficcional; es decir, como espacio que ocasiona una instancia de decir cuya producción discursiva permite nombrar desde otro lugar los cuerpos monstruosos e imaginar otras formas de ordenamiento que ya no se atienen al modelo de producción económico capitalista. En un doble sentido, entonces, el niño zombi se constituye como foco de resistencia biopolítica porque desafía un parámetro de productividad y redituabilidad, al mismo tiempo que produce un empoderamiento que desplaza y resignifica los espacios de *poder* y de *saber* para los cuerpos.

En *El mundo* una de las figuras que puede leerse en esta clave es la del Vitaminas, un niño amigo y vecino de la infancia de Juanjo Millás que ocupa gran parte del protagonismo en el segundo capítulo de la novela, y que posee una particularidad: es un niño cuyo cuerpo está sujeto a una enfermedad que le impide crecer; es decir, es un niño condicionado a ser niño hasta la muerte. De tal manera, el cuerpo niño del Vitaminas se resiste a la futurización desde un punto de vista hegemónico, donde la proyección sobre una vida se traduce en términos de un rendimiento productivo sostenido en el tiempo: “Según mi madre, las personas que sufrían la enfermedad del Vitaminas morían al hacer el desarrollo. Dado su horizonte vital, no valía la pena hacer ninguna inversión en él, por eso no iba al colegio” (43-44). El Vitaminas, al igual que los cuerpos de las demás novelas, es un cuerpo que en términos biopolíticos se incluye dentro de “esas formas de vida que no expresan la plenitud de lo viviente y representan un decrecimiento de la potencia vital” (Giorgi *Formas comunes* 19). Sin embargo, si para los adultos ya no vale como cuerpo mercancía y, por lo tanto, no merece ser un cuerpo en el que se apueste, Juanjo Millás llegará

transgredir los límites de la ley del padre robando monedas que le permitan pagar por un saber que el Vitaminas tiene para compartirle. Un saber que involucra los modos en que las miradas de los cuerpos enfermos posibilitan generar otras formas de resistencia provocando un desplazamiento en los marcos que hegemonícamente los han ubicado en una escala de disvalor. Pero este saber, definido por las posibilidades de producir ficción, no se comparte gratuitamente sino que se paga con el cuerpo; con la infección del propio cuerpo. Al igual que en *Dos mujeres en Praga*, en *El mundo*, la ficción se convierte en parte de la infección que posibilita al niño zombi expandirse en nuevos cuerpos y construir otros marcos de legibilidad biopolítica. Marcos que ya no responden a un modelo utilitario de las capacidades productivas de un cuerpo, sino que desplazan el foco hacia los modos en que estos construyen comunidades afectivas donde las lógicas de cuidados no se actúan en función de una redituabilidad. En este sentido, los cuerpos de los niños zombis operan como lugar de resistencia biopolítica porque consiguen problematizar los ejercicios positivos del poder potenciando las posibilidades del cuerpo y de la vida desde un lugar que no responde a los parámetros hegemonícamente establecidos por la economía capitalista. Los niños zombis no son cuerpos productivos, no son cuerpos futurizables. Antes bien, se resisten a esta lógica operativa donde la docilidad y la utilizabilidad funciona como matriz jerarquizadora. Los niños zombis de Millás ponen en cuestión desde su propia materia orgánica estos sentidos de proyección sobre la vida para dar lugar otras formas de construcción colectiva resignificando los espacios de *poder* y de *saber*. Y esos nuevos espacios de *poder* y de *saber* tienen que ver con la posibilidad de generar un serie de desplazamientos para los cuerpos, con la posibilidad de transformar desde la propia materia orgánica los parámetros valorativos que los atraviesan, con la posibilidad de expansión y creación de otros modos de vinculación y de cuidado. Tienen que ver, en suma, con la posibilidad de generar un espacio de agenciamiento

para los cuerpos que permita, como muestra el *Vitaminas* a Juanjo, habitar desde otras lógicas, “la calle, o sea, el mundo” (Millás *El mundo* 105).

Bibliografía

Agamben, Giorgio. *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2007. Traducción de Silvio Mattoni.

Azcue, Verónica. “Sintomatología literaria: el carácter biológico de la narrativa de Millás”. *Cuadernos de narrativa. Juan José Millás*. Ed. Andrés-Suárez Irene y Casas Ana. Madrid: Arco Libros, 2009. 115-124.

Contadini, Luigi. “Revelaciones y desconocimiento del ‘yo’ en *El mundo* de Juan José Millás”. *Pasavento. Revista de Estudios Hispánicos* III. 1 (2015): 171-183. En línea.

Cortés-Rocca, Paola. “Etnología ficcional. Brujos, zombis y otros cuentos caribeños” en *Revista Iberoamericana* LXXV. 227 (2009): 333-347. En línea.

Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2014. Traducción de Ulises Guiñazú.

---. *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014. Traducción de Horacio Pons.

Fumis, Daniela. “Aproximaciones al problema de la infancia en la narrativa. Cruces, preguntas y desbordes”. 452° F. *Revista de Teoría de la literatura y literatura comparada*, 15 (2016): 178-194. En línea.

---. *Ficciones de familia e infancia en tres narradores españoles contemporáneos: Juan José Millás, Eduardo Mendicutti y Manuel Rivas*. Tesis de Doctorado. Universidad Nacional del Litoral, 2019. Medio impreso.

Giorgi, Gabriel. “Políticas del monstruo”. *Revista Iberoamericana* LXXV. 227 (2009): 223-229.

---. *Formas comunes. Animalidad, cultura y biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2014.

Millás, Juan José. *El desorden de tu nombre*. Madrid: Alfaguara, 1988.

---. *La soledad era esto*. Barcelona: Ediciones Destino Colección Áncora y Delfín, 1990.

---. *Volver a casa*. Barcelona: Ediciones Destino Colección Áncora y Delfín, 1990.

---. *No mires debajo de la cama*. Madrid: Punto de Lectura, 1999.

---. *Dos mujeres en Praga*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 2002.

---. *Laura y Julio*. Barcelona: Seix Barral, 2006.

---. *El mundo*. Barcelona: Editorial Planeta, 2007.

Premat, Julio. *Érase esta vez. Relatos de comienzo*. Saenz Peña: Universidad Tres de Febrero, 2016.

Prósperi, Germán. "Final feliz: niños, mujeres y escritores en las novelas de Juan José Millás". *Actas del XVII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas V, Moderna y Contemporánea*, 2010: 521-528.

---. *Juan José Millás. Escenas de metaficción*. Binges/Santa Fe: Orbis Tertius/Ediciones UNL.

---. "Igual que un niño, que una niña...': infancia, animalidad, queer". *Telar*. 19 (2017): 106-119.

Sánchez Trigos, Ruben. "Muertos, infectados, poseídos: el zombi en el cine español cinematográfico contemporáneo". *Pasavento. Revista de Estudios Hispánicos* I. 1 (2013): 11-34.

Tanner, Constanza. "La autoficción como poética: El mundo de Juan José Millás". *Impossibililia. Revista internacional de Estudios Literarios* I. 14 (2017): 145-167.

Torrano, Andrea. "Por una comunidad de monstruos". *Revista Caja Muda*. 4 (2013): 1-3.

Torrano Andrea y Platzeck José. "Zombis y Cyborgs. La potencia del cuerpo descompuesto". *Outra. Travessia* 22 -Programa de pos-graduação em Literatura. Santa Catarina: Universidad Federal de Santa Catarina, 2016. 235-253.